

barcarse, según lo juzgase conveniente; y optando por lo último, dejó con el mando al mismo Salomon, y se dió á la vela para Constantinopla, donde apesar de las envidias y desconfianzas que trataron de imbuir en el ánimo del Emperador, tuvo una recepción de pompa triunfal que recordaba los mejores tiempos de Roma: recompensa de que ciertamente era merecedor, porque sus talentos y fortuna lo elevaban á la mayor gloria del siglo, y porque los resultados de su campaña le constituían en digno sucesor de los Escipiones, de Metelo, Mário y César, que tanto se ilustraron en el propio territorio que recobró para el Imperio.

APRECIACION CRÍTICA.

«Yo no sé (dice Procópio) si hubo jamás acontecimientos tan extraordinarios como los que acabo de referir; porque, en efecto, hemos visto al descendiente de Genserico con un imperio floreciente, apoyado por numeroso ejército y sostenido por inmensas riquezas, ser derribado en un momento por cinco mil extranjeros que poco antes no sabían siquiera dónde poder abordar; pues la caballería, que fué la que únicamente combatió bajo el mando de Belisario, no pasaba de cinco mil hombres. ¡Obra por cierto admirable, ya se atribuya á la fortuna, ya se la considere como resultado del valor de nuestras tropas!»

Razon tenia el autor y testigo presencial de esta campaña para expresarse así, y no puede tildársele de exagerado en su admiracion: bajo cualquier concepto que se medite ó estudie hoy el relato que nos dejó, resulta evidente que fué conducida la expedicion desde un principio con todo el acierto y prudencia que las circunstancias requerían; y al coronarla la fortuna, no es á ella principalmente á la que Belisario debió el éxito, como supone el

moderno escritor Yanoski en su *Histoire de la domination de Vandales en Afrique*, sino que supo atraérsela con el talento, la pericia y hábil conducta. Lícito es atribuir á los caprichos de la suerte aquellos sucesos de guerra inesperados que no respondan al pensamiento, plan ó sistema de un general en jefe; pero cuando se hallen en consonancia, cuando por el conjunto de sus disposiciones se patente su prevision y sabiduría, nadie le negará el tributo de gloria tan dignamente merecido; que una cosa es el auxilio bien aprovechado de los azares, y otra la ciega y exclusiva preponderancia de la fortuna (1). Analicemos los hechos para justificar nuestra opinion.

Vencedor en Asia Belisario, aclamado por los soldados y el pueblo, y gozando del favor imperial, hubiera sido disculpable su envanecimiento, ó que por arrogancia confiara más que todo en su feliz estrella: sin embargo, nada de eso indican las medidas que le hemos visto adoptar desde su nombramiento para el mando, con facultades absolutas ó ilimitadas; al contrario, su esquisita prudencia y discretas alocuciones; el celo en los detalles administrativos, de instruccion y disciplina; y el precavido orden de navegacion, campamentos y marchas, corresponden mejor á quien desconfia, ó al que no quiere omitir nada de cuanto es dable prever, que al que se entrega temerario á los incidentes del acaso fiado en las improvisaciones de su talento ó en los favores de su ventura.

No era considerable el ejército puesto á sus órdenes, si se atiende á la magnitud de la empresa; pero calculaba las enormes dificultades y gastos que exigiría uno mayor para trasportarlo y mantenerlo, y sabia que no tanto en el crecido número como en la calidad de las tropas, en la seguridad de suministrarlas y en el modo de guiarlas,

(1) Esta debatida cuestion de la suerte en los generales fué tratada con gran lucidez por Mr. de la Barre du Parc en un opúsculo que hace pocos años salió en París, titulado *Le Bonheur á la Guerre*.

se fundaría el éxito: tenía también los importantes datos de que una parte del país y todos los habitantes de origen romano no le serían hostiles; y que los vándalos, degenerados en su espíritu belicoso y condiciones guerreras, seguían la costumbre de pelear solo á caballo, teniendo desmanteladas las plazas y dejándose algunas veces derrotar por los moros. Aunque heterogéneo en su composición su cuerpo de ejército, pues constaba de soldados de diversas naciones y de mercenarios tomados en pueblos semi-bárbaros que acababan de ser terribles enemigos del Imperio, procuró que la mayor parte fuesen veteranos halagados por las victorias de Asia, y eligió para mandarlos oficiales de acreditado valor: no era dable al gobierno ni al general emplear mejores elementos, porque mediaba gran distancia entre el estado militar del Imperio bizantino en esta época, y el de la antigua República ó el de los primeros Césares de Roma. Y en cuanto á la desproporción que se dió á la caballería respecto á la infantería, hay que considerar no solo que aquella arma constituía casi la única de los vándalos, sino que por entonces apuntaba ya su preponderancia en las batallas y la decadencia del poderoso influjo de la infantería, que había de prolongarse durante la Edad Media. Mas algo se observa en Belisario de la buena escuela, por el modo de conducirla y de establecerla en los campos, y por la última confianza que en ella depositaba, como lo demuestra su exhortación antes de salir de Cartago para la batalla de Tricámara, diciendo á las tropas:

«La caballería ha sido hasta ahora la única que luchó con el enemigo; pero esta vez tomará parte la infantería en la batalla, y los defensores de Gelimer tendrán que sostener el choque y los esfuerzos del ejército entero.»

Acertadísimo estuvo el Emperador al reunir en Belisario el mando superior del ejército y escuadra, como creo que con gran razón lo hicieron siempre en la antigüedad

para semejantes expediciones, porque es muy expuesto á que surjan deplorables conflictos el consentir en la division é independencia de autoridades: el delicado tacto con que supo manejarse y el tino de sus disposiciones estimularon á los marinos en la navegacion de tan crecida flota, que costeando, casi siempre al remo, arrivando á varias partes por las calmas, por la salubridad de las tropas ó para hacer aguada, tenia tambien que eludir un encuentro con la enemiga. Buen ejemplo proporcionan los detalles que dá Procópio de este viaje de Belisario, así como sus providencias, castigando severamente el primer caso de indisciplina y procurando entretener las tropas en ejercicios é instruccion allí donde podian descender á tierra.

Aunque bien aguerridos los soldados que llevaba, estando solo acostumbrados á combatir en tierra firme y siendo en gran parte de caballería, llenábalos de terror la idea de ser atacados en la mar por la escuadra de los vándalos, que gozaba de gran prestigio en el Mediterráneo, y que sabian destrozó á la de Basílico en ocasion semejante á la en que iban á verse: por esta causa, agregada á la de enorme embarazo de tantos buques de transporte cargados de gente y caballos, se comprende estuviera preocupado el general en jefe, quien de seguro conocia la máxima de Vegecio de «no exponerse jamás al suceso de una batalla cuando no se vea que el soldado confía en la victoria,» y por eso su oportuna diligencia en inquirir desde Sicilia lo que más interesaba para el último período de navegacion.

Ardiendo en ira Gelimer contra el rebelde Godas, sea por ignorar la proximidad de la invasion, sea que presuntuoso la imaginára quimérica ó despreciable, se desprendió de la escuadra en el peor momento, para enviarla á Cerdeña con un escogido cuerpo de tropas, proporcionando á la armada bizantina llegar sin tropiezo alguno al frente de Caput-Vada. Ofreciéronse allí dos partidos que

tomar: el de desembarcar en aquel mismo punto, ó el de proseguir costeano hasta Cartago ú otro lugar que se creyera mejor y más abrigado; y deseando Belisario ilustrar su opinion, reunió en consejo de guerra á los principales jefes de la marina y del ejército. Nació al instante, como es consiguiente en tales reuniones, diferencia de pareceres, y el quéstor Archelaus sostuvo, probablemente representando el voto de los marinos, que convenia dirigirse á Cartago, penetrar en el lago de Túnez y atacar luego á la capital, pues logrando tomarla, quedaria decidido el resultado de la guerra. Muchos y poderosos eran, en efecto, los motivos que aconsejaban esa resolucion, y ciertamente que de haberse sabido con certeza el estado lastimoso de las fortificaciones de Cartago y la ausencia del rey con el grueso de sus fuerzas, á todas luces debia preferirse sobre cualquiera otra, para evitar una larga marcha y acelerar el fin de la contienda; pero el cauto general pensaba de distinto modo, y con madura reflexion y buen tacto contrarió el razonamiento en un discurso que terminó resumiendo así los principales argumentos: «Decís, para asustarnos, que si el ejército abandona la escuadra y desciende á tierra, se expone á innumerables peligros, porque una tempestad puede dispersar y destrozar los buques, y por consiguiente privarle de las comunicaciones con el Imperio, quitándole toda esperanza de retirada; pero qué, ¿valdria más que esa tempestad que anunciais sepulte en las olas al ejército entero que á la escuadra solamente.....? Yo creo que es preciso desembarcar aquí sin retardo, y atacar bruscamente al enemigo: *las resoluciones prontas y el atrevimiento entran por mucho en los sucesos de guerra*: la menor vacilacion daria tiempo á los vándalos de ponerse en defensa y perderíamos grandes ventajas. Dirigiéndonos hácia otro punto de la costa, tal vez tuviéramos que operar el desembarco á viva fuerza, mientras que en éste se verificará sin obstáculos ni combate.

La flota enemiga y las tempestades constituyen el mayor peligro, sin duda alguna, y por eso mismo conviene apresurarnos á poner en tierra los soldados, caballos, armas y provisiones: despues se escogerá un campo, y rodeado de foso profundo y de fuertes empalizadas, nos constituirá una plaza en la que estaremos resguardados de los ataques imprevistos del enemigo. No temais que nos falten los víveres ó las municiones, porque si triunfamos, de todo habrá en abundancia: *un ejército victorioso no padece nunca escasez ni privaciones.*»

Mas si era tan explícita su conviccion, ¿para qué convocó á consejo de guerra, exponiéndose á ser contrariado ó dar lugar á dudas y vacilaciones.....? En los trances de guerra, segun él atinadamente expresó, entra por mucho una pronta resolucion para alcanzar éxito; y no quiere esto decir obrar á ciegas, porque debe con antelacion pensarse lo que mejor convenga ejecutar y oir los dictámenes periciales que hagan al caso. Los consejos de guerra para las operaciones podrán alguna vez ser oportunos y políticos, pero pocas, á mi juicio, indispensables al general en jefe experimentado que se halle á la cabeza de ejército bien constituido y con el lleno de facultades inherentes al mando: gobernándose la guerra por consejos y discusiones, escasa gloria se obtendría.

Colocado ya en el teatro de operaciones terrestres, le vemos, despues de establecido un buen campo, emprender una marcha pausada, de cortas jornadas, siguiendo la costa y en comunicacion con la escuadra hácia Cartago; llevar las tropas en buen orden y prontas á combatir, con una vanguardia que explorase el país y un cuerpo de flaqueo á razonable distancia para evitar sorpresas ó súbitos ataques; atrincherarse en cada campamento y vigilar incesantemente el servicio y la disciplina: nada por tanto deja que desear en todo esto á las exigencias militares.

En cuanto al rey vándalo, despues del desacierto, ya consignado, de desprenderse de la escuadra y tropas que dió á su hermano Tzazon contra el rebelde de Cerdeña, obró como cuerdo al situarse en Hermione con sus fuerzas reconcentradas, para desde allí acudir á donde amenazara peligro; pudiendo explicarse por la desconfianza en el espíritu del país, la ausencia de destacamentos en el litoral que molestasen á sus contrarios cuanto fuera posible en el desembarco primero, y luego cortándoles todo auxilio de bastimentos y forrajes, impidiendo comunicasen con los habitantes, atacando las avanzadas y haciendo todos esos importantísimos servicios de los partidarios ó de las tropas irregulares y ligeras de caballería que tambien supieron ejecutar los ginetes africanos. En cuanto vió el movimiento de Belisario, concibió el plan de dejarlo llegar á las cercanías de Cartago, á fin de darle batalla en una situacion que juzgó favorable para batirlo de un modo completo y decisivo, atacándolo por el flanco izquierdo y retaguardia, mientras la guarnicion de la capital lo detenia por vanguardia; mas la premura y temeridad de Ammantas, la cobardía de los que acaudillaba Gibamond, que fueron puestos en fuga por los masagetes, y la inconcebible detencion del mismo Gelimer cuando se apoderó del collado é hizo huir á los ginetes federales destacados, descompusieron toda su combinacion y se convirtió en derrota la victoria que acariciaba. Verdad es que el ardor de Juan el Armenio en la vanguardia y el de los masagetes flanqueadores pudo comprometer al ejército greco-romano, porque engreidos con sus primeros hechos se adelantaron demasiado y se dispersaron para despojar los muertos; pero la prevision de Belisario en establecer un campo atrincherado, su calma y el espíritu que logró restablecer en los ginetes fugitivos, le habrian librado de una catástrofe aun en el caso de que Gelimer prosiguiera decidido á atacarle; porque, al abrigo de las trincheras donde dejó la infante-

ría, le hubiera sido posible rehacer la caballería, detener á los vándalos y aun rechazarlos probablemente. El autor se complace en ponderar el peligro de aquella contingencia como un medio indirecto de dar valor á la empresa; mas de su propio relato se deduce con evidencia el concepto que dejamos sentado, muy conforme con el que emitió sobre ese pasaje el historiador moderno de los vándalos Luis Marcus.

En lo que hizo Belisario despues de ese suceso, creemos hay lugar á duda para apreciar sus operaciones: lo más natural en semejante caso parece debió ser el perseguir sin detenerse al desordenado ejército vándalo para acabarlo, evitar se rehiciera y procurar la captura de Gelimor, dejando entre tanto un pequeño cuerpo de observacion cerca de Cartago que se pusiera en contacto con la escuadra que de un instante á otro se presentaría á la vista. Esto es lo que entonces estaba indicado para sacar fruto de la victoria y obtener el fin de la guerra; esto lo que en semejantes circunstancias ejecutaron los generales más célebres en los tiempos antiguos y modernos, y lo que no podia ocultarse á la alta inteligencia y pericia de que acababa de dar pruebas relevantes el comandante en jefe de la expedicion; y por ello debemos suponer que si no obró de tal manera, si abandonando al caudillo enemigo y á su dispersa hueste se dirigió sobre Cartago, le asistirían razones muy poderosas que ignoramos, y que detienen nuestra crítica. Sin embargo, pueden admitirse desde luego, como causas á que atribuir su decision, la grande importancia de la capital donde urgía establecer nuevo gobierno y dictar las disposiciones administrativas indispensables; la idea política de levantar á los católicos oprimidos y de atraerse á los indígenas moros; la necesidad de comunicar con la escuadra y resguardar todo el bagaje ó *impedimenta*; y por último, y tal vez la principal, por la escasez de víveres para el ejército, en cuanto se separase

de la costa, mayormente atendiendo á su sistema de evitar exacciones en el país.

Respecto á las precauciones que adoptó para entrar en la ciudad, á su cordura y humanidad con los habitantes y los vándalos, á su rectitud castigando los desmanes del Almirante y conteniendo los soldados en rigurosa disciplina, y á sus disposiciones para restablecer los fosos y murallas, merece justas alabanzas: pocos son, por desgracia, los ejemplos que con éste pueden compararse, aun viniendo á la época actual y á los ejércitos de las naciones que blasonan de ser más civilizadas, como la Inglaterra, cuyas tropas, fácilmente vencedoras en Abisinia, entregan á las llamas el miserable caserío de Magdala, solo para darse un triste espectáculo de victoria.

El interesante episodio de Diógene que dejamos transcrito, sirve de enseñanza para la vigilancia con que deben hacerse esos servicios de la caballería ligera, destinada por patrullas ó destacamentos á reconocer el país, cubrir el ejército, adquirir noticias y sorprender avanzadas enemigas; pues si el arrojó de aquel oficial le salvó heroicamente, como en muy parecidos detalles ha ocurrido alguna vez en las guerras de nuestra Península en el presente siglo, no es por eso disculpable una sorpresa que tiene lugar por el olvido de cuantas precauciones establecen los reglamentos, por la confianza temeraria en el propio valor ó por creencia de la lejanía del peligro.

Permitió á Gelimer la inaccion de los greco-romanos que se le uniera Tzazon, y que restablecidas del primer descalabro sus fuerzas, osara ir sobre Cartago, bien que sin lograr otra cosa que bloquearla débilmente, por ser desconocido á los vándalos el arte de sitiar plazas. Mezquina muestra dá de su organizacion y condiciones militares el haber tenido que alejarse tan pronto de las murallas, cuando detrás de ellas se mantenía el pequeño cuerpo contrario en prudente defensiva; pero tampoco encuentro bas-

tante justificada la actitud de Belisario solo por esperar á que se concluyeran las obras emprendidas, pues si no tuvo alguna otra, como aguardar refuerzos ó que se pronunciaran por el Imperio las tribus de moros, me parece hubiera sido mejor y ménos expuesto á funestas consecuencias en un desastre, el atacar á los enemigos á la vista é inmediato apoyo de la ciudad, que ir á dar la batalla á dos jornadas de distancia, donde á no vencer era muy posible la completa ruina de su ejército y que quedase frustrado el objeto de la empresa; con más motivo teniendo ya pruebas de la falacia de los masagetes, cuya conducta en tal ocasion advierte de los riesgos que pueden acarrear esa clase de tropas asalariadas extranjeras en momentos críticos, y del cuidado un tanto receloso con que debe empleárselas.

Nada indica Procópio de que al salir de Cartago llevase menores fuerzas que antes Belisario, y como allí tenia su base de operaciones y sus recursos, es de inferir que dejaría guardándola á los soldados que hizo desembarcar de la escuadra: tampoco señala el historiador cuántas eran las de Gelimer, y bien que más numerosas que las bizantinas, nos parece exagerada la cifra de cien mil que algunos pretenden, y que les asigna el acreditado *Atlas de batallas de Kausler*. No tenemos más datos para graduarlas que el saber constaba de cinco mil hombres el cuerpo que llevó Tzazon á Cerdeña; que unidos debian estar en el campamento los restos de los vándalos que se dispersaron cerca de Decimum; que contaban tambien con ellos algunos moros auxiliares, y que muchas familias seguían al ejército; pero con todo, no podemos pasar en la valuacion congetural de 40 ó 50.000 soldados; y aun así resultan más del doble que los de Belisario.

Gran confianza debia tener en la calidad de sus tropas comparada á la de los contrarios, á juzgar por el órden de marcha que adoptó, enviando delante la caballería y de-

jándola empeñar casi sola una verdadera batalla, puesto que el combate se inició poco antes que el general se incorporase á la vanguardia con los quinientos ginetes escogidos que se reservó, y cuando aun estaba distante la columna de infantería. El resultado le dió la razon, pero siendo los enemigos en su totalidad de caballería y en número tan superior, es lícito conceptuar de muy aventurado el dar la batalla en semejantes condiciones; mientras que caminando junto el ejército, aunque se retardara algo, tenia casi seguro el éxito por el sostén que hubieran encontrado siempre los ginetes rechazados y perseguidos en la solidéz de la infantería. Además era evidente que en el caso de vencer, no podria la caballería apoderarse del campo enemigo inmediatamente, teniendo precision de aguardar la llegada de la otra arma, como en efecto sucedió, para acometerlo y completar el triunfo.

La dispersion de los vencedores para recoger el botin suele ser contingencia inmediata á que propenden las tropas, y de las más difíciles de evitar, necesitándose en tales momentos de toda la energía y ascendiente del general, de todo el vigor y buen espíritu de la oficialidad para salvarla ó para contenerla pronto; porque existe un peligro inminente de convertirse en derrota la victoria (y de ello hay repetidos ejemplos), si rehecho el enemigo vuelve las armas con denuedo, pues nada hay entonces capáz de resistir; y á la embriaguez del triunfo, al desórden del saqueo sucede un pánico instantáneo y una huida vergonzosa: además, en los ejércitos regulares de las naciones civilizadas, se interesa el honor de las banderas y el esplendor de verdadera gloria en eludir ese funesto principio de relajacion de la moral militar y en salvar al país de las horribles crueldades á que puede entregarse la soldadesca desbandada. Una vez suelto el soldado, sea ó no de nacion culta, »guíale montaráz instinto, aniquila, tala, arrasa, sin

»necesidad ni objeto; mas por desgracia, segun decia »Federico II, esa es la guerra» (1).

El autor explica perfectamente la angustia en la que el general pasó la noche, abrumado de pena por no poder impedir aquel desórden; pero desde que llegó el dia, empezó poco á poco á llamar las tropas y dispuso sin retardo que el intrépido Juan el Armenio marchase al alcance de Gelimér, mientras él acababa de reunir las fuerzas; empleando al propio tiempo una dulzura y humanidad con los prisioneros que honra tanto su memoria como el anterior hecho de armas.

La muerte casual de Juan, el más notable y simpático de los tenientes de Belisario en toda la campaña, dió respiro al fugitivo rey de los vándalos, permitiéndole ampararse en la montaña de Pappua, donde con excelente acuerdo, lo dejó bloqueado su vencedor sin querer forzar la posición, siguiendo el precepto de Vegecio que dice, «es una »gran máxima destruir al enemigo por hambre, mejor que »á fuerza de armas;» lo que en efecto se demostró al intentar Faras el asalto cansado del bloqueo y al ser rechazado con pérdida sensible.

Terminada la guerra, al entregarse Gelimér, observó Belisario con él y con los demás vándalos de su séquito la política que venía siguiendo, coronando así espléndidamente su magnánimo proceder durante la gloriosa empresa que le encomendara el emperador Justiniano. Conducido Gelimér y los vándalos prisioneros á Constantinopla figuraron en las fiestas triunfales del general; despues obtuvo el Monarca destronado una posición decorosa que conservó hasta su muerte, y con los más jóvenes de sus antiguos súbditos formó Justiniano cuerpos de caballería que se distinguieron en varias guerras.

La decadencia del vigoroso espíritu guerrero de la na-

(1) El Conde de Toreno, *Historia del levantamiento y guerra de la Independencia*.

cion vándala de Genserico no puede estar más manifiesta en el relato de su última campaña, pues si bien Gelimer no se condujo del todo mal hasta la batalla de Tricamara y Ammantas y Tzazon hicieron alardes de arrojado valor, nada se descubre de él en la generalidad del ejército, y nada mostró favorable al concepto de su organización, solidez y disciplina.

Inconcebible se hace la torpeza ó la preocupación que les dominó para no adoptar la infantería en sus tropas y para prescindir en absoluto de las fortificaciones en algunas plazas, deseosos de hallarse siempre dispuestos á presentarse todos á caballo en campo raso, lo mismo que en la época de la conquista; sin comprender que pudo entonces convenir al objeto y sistema de guerra de Genserico, que era invadir, arrasar y adquirir; al paso que de ningun modo bastaría para consolidar lo ganado asegurándose sólidamente en el país, y para defenderse ó rechazar del reino á los inquietos moros vecinos y á cualquiera enemigo que arribase á sus playas; para lo que habria de llegar precisamente el día en que echasen de ménos el infante y las murallas.

Lección provechosa dá pues el estudio de esta campaña que acabó (año 534) poco antes de completar un siglo de la dominación vándala, tan brava como dichosamente fundada por Genserico en Africa; y por eso nos hemos detenido más que de costumbre en su comentario antes de proseguir en la reseña de los sucesos posteriores, aunque sin más que indicar algunas de las consideraciones de otro orden que venían ya predisponiendo la caída de aquel Estado, para no prolongar nuestro trabajo esencialmente militar; debemos no obstante consignar, que también es de saludable ejemplo la historia de los vándalos á los gobiernos y pueblos conquistadores en el mismo continente.

En cuanto al ilustre caudillo Belisario, podemos calificarle de último en la serie de célebres generales del Im-

perio romano, y uno de los mejores modelos, despues de los Escipiones, de Metelo, de Mário, de César y Teodosio, para las guerras africanas, por la prevision, la prudencia y habilidad que demostró durante la expedicion, y por su admirable comportamiento con los habitantes de las distintas razas del país; justificándose en los resultados que obtuvo, la extraordinaria influencia que presta á semejantes empresas esa elevada parte de la *moral militar* y de la *política de la guerra*.

SUBLEVACIONES, GUERRAS Y REVUELTAS QUE SIGUIERON Á LA RECONQUISTA DE LOS BIZANTINOS.

Apenas terminada la anterior guerra, todavía antes de darse á la vela para Constantinopla Belisario, empezaron á removerse los moros de la Bizacena y de la Numidia, amenazando las cortas guarniciones enviadas á las fronteras y haciendo las mismas correrías que acostumbraron en tiempo de los vándalos, para saquear el país habitado por la poblacion colonial; efecto, como dice Procópio, *de la inconstancia y movilidad de su carácter*. Tuvo que dejar con ese motivo el antiguo general en jefe algunos de sus guardias á Salomon, que quedó encargado del mando superior, apresurándose á dictar disposiciones para contener el movimiento que se iniciaba; y reconociendo luego que era de gravedad, pidió y obtuvo del Emperador otros refuerzos.

Deseoso Justiniano de restablecer, en cuanto fuera posible, el mismo estado de cosas que había en Africa cuando sucedió la invasion de Gensericó, dividió aquellos dominios reconquistados en siete provincias, inclusa la isla de Cerdeña; nombró á Archelaüs *Prefecto del Pretorio* para la gestion de la Administracion civil, y todas las demás

autoridades respectivas; dictó las leyes romanas y las im-
 posiciones del fisco imperial, y previno sobre todo «se pro-
 » curara preservar á sus súbditos de las incursiones de
 » los enemigos, extendiendo las provincias hasta los lími-
 » tes que tenían antes de invadirlas los moros y vándalos;
 » y tambien que se ocupasen las plazas donde hubo guar-
 » nición en la época romana, reparando ó levantando sus
 » fortificaciones.» Los acontecimientos no permitieron
 que esas medidas se estableciesen tranquilamente para
 que la nueva dominacion fuese efectiva y fructífera en la
 generalidad de tan extensos territorios.

Estaban en la Bizacena al frente de un cuerpo de ca-
 ballería, Rufino de Tracia y el masagete Aigan, ambos
 muy estimados por su valor en el ejército de Belisario, los
 cuales, queriendo castigar la insolencia de los moros, se
 emboscaron en cierto desfiladero, los sorprendieron car-
 gados de botin, los deshicieron y libertaron los prisioneros
 que conducian; pero los jefes de los moros, que no esta-
 ban lejos, acudieron al primer aviso con multitud de los
 suyos hácia la caída del dia, y estrechando á los contrarios,
 rodeándolos por todas partes, les obligaron á refugiarse
 en una elevada roca hasta que acabándoseles las armas
 arrojadas y reducidos solo á valerse de las espadas, su-
 cumbieron todos á la muchedumbre.

Instruido Salomon del desastre se preparó á vengarlo,
 pero intentó antes por la persuacion y las amenazas tran-
 quilizar á los insurgentes, escribiendo una carta á los ca-
 becillas; la que contestaron con otra quejándose de las
 exacciones que sufrían, del ningun bien que les reportaba
 su dominacion y de no cumplírseles las ofertas; añadiendo
 respecto al peligro en que quedaban los rehenes; «á vos-
 » otros que no teneis más que una mujer es natural os
 » afecten los hijos; pero como nosotros podemos tener
 » cincuenta, no tememos nos falte posteridad.» Enton-
 ces, dejando bien guarnecida la capital, marchó Salomon

con las tropas á la Bizacena. «Al llegar á la planicie de
 » Mamma (1) donde estaban acampados los enemigos,
 » se atrincheró. Al pié de unas altas montañas se extendía
 » un llano en que los bárbaros se prepararon á la batalla,
 » disponiendo su órden de este modo: formaban una línea
 » circular de doce camellos de profundidad, á la manera que
 » ya se dijo los empleó Gabaon; y siguiendo la costumbre
 » que tienen estos bárbaros de mezclar mujeres y niños
 » entre las filas de combatientes, colocaron en el centro á
 » la mayor parte: esas mujeres que les acompañaban son
 » las que construyen las chozas y atrincheramientos, cui-
 » dan de los caballos, dan de comer á los camellos, afilan
 » las armas y alivian á sus maridos de muchos de los tra-
 » bajos de la guerra. Los infantes de pié entre los came-
 » llos, armados de escudos y espadas y provistos de vena-
 » blos, los lanzaban diestramente; y la caballería, poco
 » numerosa, se mantenía en la ladera de las alturas. Salo-
 » mon no envió ningunas fuerzas contra la parte que mi-
 » raba á la montaña, por temor de que quedando entre los
 » ginetes moros que descenderían de la ladera, y los in-
 » fantes que para envolverlos salieran de la línea circular,
 » pudieran hacerlos sucumbir atacados á un tiempo por
 » dos lados; y opuso todo su ejército al semicírculo ene-
 » migo que daba hácia la llanura.....» «Trabada la ac-
 » cion, se introdujo algun desórden en los escuadrones
 » romanos, porque asustándose los caballos del aspecto y
 » aullidos de los camellos, se recelaban de avanzar, y der-
 » ribando á los ginetes huían por el campo; lo que apro-
 » vechado por los moros acuden al instante, les tiran sus
 » venablos, penetran en las líneas y aumentan la turbacion
 » entre sus adversarios, que desunidos no podian resistir-
 » les. Entonces Salomon echa pié á tierra, ordena que ha-
 » gan todos lo mismo y que una parte, estrechando las

(1) No creo esté identificada esta posicion.

»filas, se mantenga firme, reduciéndose á oponer los es-
 »cudos á los dardos enemigos; y poniéndose á la cabeza
 »de quinientos soldados, arremete al círculo, previniendo-
 »les dirigir á los camellos los golpes de sus espadas. Los
 »moros, á quienes éstos animales protegían, echan á
 »correr, y muertos unos doscientos penetran los romanos
 »por la brecha hasta el corazon y centro del ejército ene-
 »migo, donde estaban las mujeres, y consternados los bár-
 »baros se salvan hácia las montañas vecinas, seguidos de
 »cerca por sus contrarios, que les hacen horrible carnice-
 »ría. Cuéntase que perecieron diez mil, quedando las mu-
 »jeres y niños en esclavitud, y dueños los soldados de los
 »camellos que perdonó la espada. Con todo el botin regre-
 »só luego el ejército á Cartago y fué allí celebrada la vic-
 »toria con fiestas públicas.» (Año 535.)

«Irritados de su derrota reúnen los bárbaros á todos
 »los que podían empuñar las armas, y vuelven á la guerra
 »contra los romanos, talando la Bizacena y matando á
 »cuantos encuentran, sin distincion de sexo ni edad. Re-
 »cien entrado en Cartago Salomon, sabedor de que los
 »moros en grande ejército invadían la Bizacena y devas-
 »taban la comarca, marcha otra vez apresuradamente á
 »su encuentro con todo el suyo, y llegando al pié del
 »monte *Burgaon* (1), en el que los enemigos estaban
 »atrincherados, se detuvo algunos días, pronto á atacarlos
 »si descendían al llano; pero ellos permanecían en la
 »montaña, á pesar de que lo vieron formar en batalla,
 »pues dominados de terror no se atrevían á combatir fuera
 »de la posicion ventajosa que los aseguraba. El escarpado
 »monte *Burgaon*, inaccesible por Levante, desciende en
 »suave pendiente por el lado opuesto y presenta fácil ac-
 »ceso, estando además coronado por dos picos separados
 »por una estrechay profunda garganta impracticable: á me-

(1) Esta montaña no está identificada en el día, que yo sepa.

»dia ladera tenían establecido el campo, á fin de aprove-
 »char la ventaja del terreno, si el enemigo osaba subir á
 »atacarlos; pero no situaron tropas en lo alto, creyendo
 »imposible temer nada por allí, y descuidaron ocupar el
 »pié del cerro por el lado que ofrecía acceso, dejando en
 »otro lugar cercano á ellos gran número de caballos dis-
 »puestos á utilizarlos para huir ó para la persecucion si
 »obtenían victoria. Viendo Salomon que los moros no
 »querían dar la batalla en el llano y que el ejército pade-
 »cería prolongando allí su estancia, se apresuró á venir á
 »las manos con ellos sobre la montaña.
 »A la caída de la tarde envió á Teodoro con mil infantes
 »y algunas banderas hácia la parte oriental del monte
 »Burgaon, previniéndole lo trepase por donde era escar-
 »pado y casi inaccesible, hasta detenerse á pasar la noche
 »cerca de la cima; y que al amanecer se mostrara desple-
 »gadas las banderas y aprovecharse de aquella elevada
 »posicion para arrojar dardos al enemigo. Ejecutadas sus
 »órdenes durante una noche oscura, subió por las rocas
 »el destacamento y alcanzó una de las cumbres sin que
 »se apercibieran los moros, ni aun los romanos, pues que
 »salió en apariencia de ir á batir el campo y guardar las
 »avenidas; y al apuntar el día marchó Salomon con todas
 »las tropas por la pendiente occidental del monte. Cuando
 »la claridad permitió reconocerse unos á otros y se vió la
 »cima cubierta de guerreros con las banderas desplegadas,
 »todos quedaron en suspenso, hasta que empezado el
 »combate por los que coronaban la eminencia, se anima-
 »ron los romanos y los bárbaros comprendieron que ha-
 »bian sido envueltos por el enemigo. Atacados por los
 »dos lados á la vez y desesperando de la defensa, no pien-
 »san en resistirse más y buscan salvarse en la fuga; pero
 »como no podían refugiarse á la cumbre, ocupada ya por
 »los contrarios, ni bajar á la llanura, cuyo descenso les
 »cerraba el ejército de Salomon, precipítanse en desór-

»den, unos á caballo y otros á pié, á la escabrosa garganta
 »que corta en dos el monte Burgaon, para alcanzar el
 »pico opuesto al ganado por Teodoro; en medio del tu-
 »multo de aquella apiñada muchedumbre, que un ciego
 »terror excitaba á huir, heríanse mutuamente con las
 »armas, caían en el abismo abierto á sus piés y perecían
 »en él sin que se apercibieran los que les seguían; hasta
 »que al fin, amontonados hombres y caballos, cegaron el
 »barranco formando un paso por donde los restantes se
 »trasladaron al otro pico, pisando los cadáveres de sus
 »hermanos. En este horrible desastre, si ha de creerse á
 »los que escaparon, perecieron cincuenta mil moros, y ni
 »un solo romano fué herido siquiera por el enemigo ni
 »por accidente, obteniendo tan gran victoria sin derramar
 »una gota de sangre.»

Refugiáronse la mayor parte de los derrotados á la Numidia, y se pusieron bajo la proteccion de Yabdas, á quien reconocían por soberano las tribus del monte Aurasio (Aurés), no quedando en la Bizacena más moros que los súbditos de Antalas, que seguían tranquilos y aliados á los greco-romanos.

Las incursiones y extragos que éste príncipe Yabdas hacía en el país con los treinta mil moros de que disponía, decidieron á Salomon á emprender una expedicion á las montañas, no obstante el brillante hecho de armas que alcanzó su teniente Althias con sumo valor y astucia, á la cabeza del pequeño cuerpo de masagetes que mandaba en aquella comarca (1).

Acompañado de algunos jefes moros enemistados con Yabdas, marchó el ejército hasta establecer su campo á orillas del rio Amigas (Oued-Chemora), que corre delante

(1) Omito este período que refiere Procópio con bastantes detalles, para no prolongar más el relato. El punto de que partió Althias, llamado *Centuria*, corresponde ahora á *Bordh-Mamra*, en la provincia de Constantina, y *Tigisis*, en cuyas cercanías tuvo lugar el suceso, se identifica con *Faourga*, en la provincia de Argel, al S. de *Dellys*, segun la carta del Depósito de la Guerra de París; pero otros creen sea *Teghzeu*.

de las montañas del Aurés, cuyas asperezas se ocupó de fortificar el caudillo enemigo, eludiendo el resistir en la tierra llana y destruyendo la ciudad de Tamugadis (hoy Timegad), para que no sirviera de apoyo á los contrarios. Se adelantó desde allí Salomon siete jornadas sin lograr un encuentro con los moros, apesar de que le aseguraban sus noticias que habían tomado posicion en las inmediaciones del monte Aspidis; por lo cual, despues de detenerse aun tres dias, persuadido de que cada vez se alejaban más, faltándole ya los víveres y desconfiando de la fidelidad de los aliados indígenas, por sospechas que se concibieron de estar secretamente de acuerdo con los enemigos para guiar mal al ejército, renunció á proseguir en la empresa y se retiró al país abierto; donde construido un campo atrincherado, dejó en él parte de las tropas, y regresó con las restantes á Cartago al aproximarse el invierno, resuelto á volver en la primavera siguiente mejor provisto y sin auxiliares. Por desgracia le fué imposible verificarlo, á causa de la sublevacion de sus propios soldados, que excitados por las mujeres vándalas, con quienes muchos estaban casados y pedían las propiedades que á aquellos pertenecieron, al propio tiempo que por el clero arriano que entonces se veía humillado, y que contaba prosélitos en el ejército, sirvieron de instrumento á los conspiradores de Cartago para atentar á la vida de Salomon. Pudo éste evadirse acompañado de nuestro autor Procópio, y pasó á Sicilia en busca de Belisario, que allí mandaba, quedando en Cartago Teodoro de Capadocia y recomendando á los que quedaron en Numidia procurasen á toda costa mantener en fidelidad las tropas.

Los sediciosos, despues de saquear la ciudad, se fueron al llano de Bulla y eligieron por jefe á un soldado llamado Stozas, al cual se unieron crecido número de rebeldes y descontentos, así como los pocos vándalos que quedaban en el país y como unos cuatrocientos más que

al ser trasportados al Asia con sus otros compañeros para servir en los cuerpos de caballería que organizó con ellos Justiniano, se evadieron en los buques que los conducían y abordaron á un lugar de la costa de Africa, desde donde se internaron á ganar el monte Aurasio: marchó en seguida el cabecilla sobre Cartago á la cabeza de ocho mil hombres, intimando la rendicion; y aunque Teodoro se negó, tal era el terror de los habitantes y el espíritu que prevalecía, que en el siguiente dia le hubieran abierto las puertas á no arribar durante la noche Belisario en un barco con Salomon y solos ciento de sus guardias. El anuncio de su presencia y el gran prestigio que gozaba, restableció el ánimo de la guarnicion, y consternó á tal punto á los rebeldes, que emprendieron la huída inmediatamente; y Belisario, reunidos apenas dos mil soldados, los persiguió sin reposo hasta trescientos cincuenta estadios de Cartago, donde los alcanzó cerca de la ciudad de Membresa (Mdjez-el-Bab, al OSO. de Túnez): atrincheróse en la orilla del rio Bagrada, y Stozas sobre una elevada colina de difícil acceso, y al dia siguiente avanzaron unos contra otros, reinando un fuerte viento que daba de cara á los de Stozas, por lo que «persuadido éste »de la desventaja en que combatía á causa de que el aire »aumentaba la fuerza de los dardos enemigos y detenia »los de sus soldados, *hizo un movimiento oblicuo para procurar que temiendo ser atacados por la espalda los romanos, »hicieran otro análogo y se colocasen frente al viento; pero »como la evolucion no podia ejecutarse sin algun desórden, »aprovechó de él Belisario y los cargó vigorosamente. Atur- »didos del brusco ataque, no pudiendo resistirlo ni ponerse en formacion, huyeron á todo correr para la »Numidia, donde reunidos vieron que solo habian perdido »pocos soldados, y esos vándalos la mayor parte.»*

El general juzgó prudente no perseguir más á los rebeldes con tan escasa fuerza; y contentándose con ha-

berlos batido y habiéndose apoderado de su campamento, volvió á Cartago, puso en órden los negocios públicos y regresó á Sicilia, donde otra sedicion le llamaba con urgencia, quedando allí mandando Teodoro y Ildíger, y embarcándose Salomon para Constantinopla.

Quiso Marcelo, que era el jefe encargado de contener en Numidia á los moros y rebeldes, atacarlos antes de que Stozas reorganizase su batida hueste; y al efecto marchó sobre Gazophila, á dos jornadas de Constantina, que era el lugar donde el cabecilla se hallaba: mas una vez allí, pasáronse al enemigo todos los soldados que debían batirlo, y mandando degollar á Marcelo y á los otros comandantes de los greco-romanos, se encontró de nuevo engréida y más pujante la rebelion. (Año 536.)

Instruido el emperador Justiniano del fatal rumbo de los sucesos de Africa, envió á su sobrino Germano con varios otros jefes y cortas fuerzas á que se encargase del mando y pacificacion del país (el año 537). En cuanto entró en la capital, empezó á enterarse bien del estado de las cosas y á poner el mejor remedio, pues era hombre de gran tacto político y experto en la guerra: acalló muchos motivos de quejas; atendió á restablecer el espíritu y la subordinacion militar, y logró atraerse crecido número de los soldados sediciosos; por lo que Stozas, para evitar que en la inaccion se le fuesen todos, marchó osadamente hácia Cartago y acampó á treinta y cinco estadios, en paraje vecino al mar, esperando que con su cercanía y diligentes intrigas, se pronunciasen por él los de la guaricion.

Germano, que no ignoraba sus proyectos, exhortó á las tropas y las sacó en órden de batalla fuera de los muros, dirigiéndose en seguida sobre los enemigos; los cuales, al ver defraudadas las promesas de Stozas ante la fidelidad y buen continente del ejército, rompieron las filas y se retiraron á la Numidia en busca de sus familias

y del botín recogido en los anteriores saqueos, que dejaron en aquella provincia. Siguiólos Germano provisto de gran cantidad de carretas, además de los bagajes necesarios, sin duda para llevar víveres abundantes que le asegurasen la subsistencia de las tropas; y alcanzándolos en una llanura apellidada por los romanos *Scalae Veteres* (1), formó á su frente de este modo: detrás de la infantería extendió en una línea todas las carretas, á fin de que no teniendo nada que temer por retaguardia, combatiese con más valor; á la izquierda se colocó él, acompañado de los pocos soldados que condujo á Africa y de la caballería escogida; y sobre el flanco derecho dispuso el resto de ella, no en una sola masa, sino dividida en tres cuerpos separados. Los rebeldes por su parte se mostraban extendidos sin orden, á la manera dispersa usada por los bárbaros, y más atrás se situaron millares de moros mandados por Yabdas, los cuales, aunque iban allí para ayudar á Stozas, le habian enviado á Germano mensajeros prometiéndole pasarse, siendo su verdadero intento aguardar el resultado para unirse á los vencedores.

Atacó primero Stozas la extrema derecha de los greco-romanos y logró romperla, introduciendo algun desconcierto hasta en la infantería, y lanzándose á perseguir á los que huían; pero Germano, á la cabeza del ala izquierda, avanzó intrépido, deshizo en un instante á cuantos estaban al frente, y volviendo con presteza hácia donde iba Stozas, secundado por los otros jefes principales, lo batió completamente y puso en fuga todas sus fuerzas. Dirigióse en seguida contra el campo atrincherado, del que se apoderó despues de viva resistencia, entregándose

(1) D^e Avezac traduce *Cellas Vatari* (Almacenes de Vataro) y critica la otra version adoptada por Scalígero y los demás traductores. Identifica este paraje al llamado *Vatari*, entre *Sicca*, *Thevesta* y *Cirta*, que debe corresponder hoy á algunas millas al S. de *Tifech*, la antigua *Tipasa* de Numidia, que dice está al SE. de *Guelma*. En la carta del Depósito de la Guerra se anota tambien un *Cella* al SO. de Constantina, identificado á *Xerbet-Zerga*.

los soldados y los moros al saqueo y la persecucion, como sucedió el dia de la batalla de Tricamara: por fin, desengañado el cabecilla de la inutilidad de sus afanes en otro encuentro que intentó resistir, abandonado de los moros aliados y de gran número de los mismos rebeldes, tuvo que refugiarse en la Mauritania; y Germano, dominada la sedicion, regresó victorioso á Cartago, donde descubierta y luego castigada otra conspiracion, siguió gobernando suavemente hasta que llamado por Justiniano el año 539, partió para Constantinopla, reemplazándole Salomon, que por segunda vez llegó á encargarse de aquel importante mando.

Dedicóse desde luego á la disciplina del ejército y á la administracion del país con buen éxito; y cuando ya se creyó desembarazado de atenciones que le impidieran salir á campaña, emprendió la expedicion que la otra vez tenía resuelta contra el monte Aurasio, donde seguía inquietando Yabdas, sin someterse francamente al Imperio.

Encomendó un cuerpo de vanguardia á Gontharis, que fué batido junto á Bagai (Barai), y obligado á retirarse á un campo atrincherado: súpolo Salomon estando á sesenta estadios con el ejército, y envió á socorrerle algunas tropas; pero los moros utilizaron diestramente las acequias del rio Abigas, que descendiendo de las montañas regaba en la llanura los cultivos de los habitantes, para reunir sus aguas é inundar el campo enemigo, que se encontró así convertido en un lago impracticable, en el que se creían perdidos. Por fortuna el general en jefe acudió pronto á salvarlos, y no osando esperarle los moros, se atrincheraron en Babosis, al pié del monte, donde los batió y puso en derrota. Renunciaron entonces á hacerle frente en batalla formal, contando que la naturaleza abrupta de las montañas y las fatigas de una persecucion á través de tantos obstáculos obligarian en breve á los romanos á retirarse; y con tal fin, alejándose una parte hácia la

Mauritania sitifense y otra hácia el Sur del Aurasio, quedó Yabdas con veinte mil hombres para guardar la sierra y la plaza de Zerbula. No quiso Salomon perder tiempo en sitiarla hasta haber arrasado los campos y la ciudad de Tamugadis; y obligados despues á abandonarla sus defensores, prosiguió á atacar la encumbrada posicion de Tumar (1), que habian elegido como la más inespugnable, y de que tambien se apoderó, no obstante los sufrimientos del soldado por la escaséz de agua y por las enormes dificultades que la aspereza del lugar ofrecía. Por último, rendida igualmente una torre que guarecía á la familia y tesoros de Yabdas, se vió dueño el general de toda aquella comarca, sometida la Numidia, tributario el territorio de Zaba, y herido el caudillo se escapó á la Mauritania; con lo que pudo restablecer su autoridad en la provincia sitifense y aun auxiliar á Cesárea, capital de una de las Mauritanias en que se mantenía guarnicion, sin embargo de que el interior del país estaba bajo la obediencia del moro Mastigas.

Cuatro años trascurrieron despues de calma y prosperidad en aquellos dominios, que volvió á turbarse en 543, envolviéndolos en terribles sublevaciones, á causa de la inmoderada conducta de Ciro y Sergio, sobrinos de Salomon, á quienes el Emperador confió el gobierno de la Pentápola y de la Tripolitana.

Presentáronse en Leptis Magna, capital de la provincia encomendada á Sergio, gran número de moros levathes, que iban en embajada para tratar diversos asuntos; y bajo

(1) De los lugares citados por Procópio en toda ésta expedicion, solo vemos señalados en la carta del Depósito de la Guerra de París á *Tamugadis*, que corresponde á *Timegad*; *Bagai* ó *Barai*; y el rio *Amigas*, que no debe confundirse con *Abigas*, nombrado despues; mas no se encuentra en todo el núcleo montañoso del *Aurés*, antiguo monte *Aurasio*, ninguna indicacion de *Babosis*, *Zerbula* y *Tumar* ni de *Geminien*, que era el peñasco sobre que estaba la torre donde guardó Yabdas su familia y tesoros. Probable es que se llegue á conocer algun día exactamente esas localidades entre las muchas ruinas y vestigios que contiene la parte del grande Atlas que lleva el nombre de *Djebel-Aurés*.